

I. Libre entre reos

La paz y la tranquilidad reinan en mi vida, disfruto de mis hijos, de mis padres, y doy gracias por ello. Sin embargo no todo ha sido bienaventuranza en mi devenir, recuerdo con especial nostalgia a un amigo llamado Pyotr, que como un ateo entre cristianos, fue libre entre reos. Me gustaba ir a verle en invierno, su padre conseguía mantener siempre caliente la cabaña, realmente previsor con la leña, trabajador, era si no el mejor, uno de los mejores campesinos del pueblo. Se llamaba Petró, se lo pusieron en honor al gran Zar, aunque hace tiempo que la revuelta bolchevique apagó su grandeza, ahora era el pueblo el tirano según Lenin. Petró no luchó, era una persona realmente sensible, era incapaz de maltratar a ningún animal y se persignaba cada vez que hacía alguna matanza. Su mujer era más joven que él, altiva y lozana se movía entre las praderas, laboraban de sol a sol por su hijo Pyotr, mi amigo, a quien querían como a nada en el mundo. Éramos vecinos, sus tierras colindaban con las nuestras y siempre estaban dispuestos a ayudar a mis padres en cualquier problema, o a recibirme en su hogar como uno más para que Pyotr y yo generáramos un espléndido y gratificante vínculo amistoso.

Petró tenía un amigo íntimo llamado Andrey, era un hombre aguerrido y pugnaz, luchó en la revolución campesina con éxito. Además de poder contarle, tenía varias condecoraciones por sus hazañas en la batalla y había matado cientos de hombres con sus propias manos. No tenía una ideología estable, se movía entre el comunismo y lo que a él le apetecía, pero sus palabras calaban en la gente. Le gustaba hablar con Petró porque era extremadamente moralista, con sus sermones aprendía y afilaba su retórica. Llevaba ya unos años adoctrinando jóvenes

para la guerra, llegó a la conclusión de que Lenin no era un buen gobernante, que era otro zar disfrazado, así que a modo de guerrilla planeaba un asalto, quería derrocarlo y ponerse de cabecilla, esperando que la gente confiara en sus palabras por ser las más razonadas y verdaderas, librando así a campesinos y trabajadores de la nueva alienación.

Más de una vez coincidí con él en una de sus visitas, Petró le sacaba un poco de vodka y charlaban durante un buen rato. Recuerdo como si fuera ayer la primera discusión irreconciliable entre los dos, Andrey aseguraba que Lenin era el responsable de sus miserias y de las penalidades de sus camaradas, que el estado recaudaba impuestos para alimentarse y dejaba de lado al obrero y al campesino. Petró, sin embargo, se mostraba calmado.

—Hace tiempo que los rojos no paran por aquí, ni siquiera se asoman, ¿por qué iban a ser los culpables de nuestras miserias? Además, tú luchaste con ellos y por sus ideales.

Andrey, enfurecido, dio un golpe en la mesa.

—¡No te das cuenta maldito! ¿Acaso no matarías al causante de nuestras miserias?

Llevaban ya unos días discutiendo sobre la pena de muerte, Petró le preguntaba si de verdad existe un crimen tan horrendo que la merezca, y llegó a decirle que no sería capaz de matar a nadie aunque tuviera la certeza de que tras alcanzarle y darle muerte se acabaría el hambre en el mundo. Andrey le tomó primero por tonto y luego por loco.

—Nunca te entenderé amigo, no luchas, te conformas, eres indigno, no pareces un hombre, peor eres que la más miedosa de las mujeres —Tras esas palabras Andrey apuró su vaso, abandonó la casa, subió a su caballo y siguió su camino.

Llevaba tiempo visitando a sus camaradas caserío por caserío, simpatizaban con él porque sabía llenarles el

corazón de falsa esperanza, un ígneo y perenne clamor por la lucha. Fue poco a poco consiguiendo su objetivo, fue convenciendo a la gente de que los rojos vendrían a quitarles el grano, y que era imperioso derrocar a Lenin del poder. Lo que al principio era un juego fue tornándose peligroso, al comienzo eran solo veinte o treinta pelagatos, el número fue creciendo, y en la misma proporción fueron aumentando el fanatismo y la intolerancia. Hubo quien quiso informar al supremo por carta y algunos detractores querían salirse del nuevo partido, pero fueron encarcelados. En aquel período desapareció misteriosamente Gregor, su mayor enemigo, que hacía campaña activa en contra. Andrey empezó a tomar cartas en la gestión del ayuntamiento, todos le tenían por un verdadero líder, y cualquier ofensa o ignominia era severamente castigada. Los entrenamientos con fusil de asalto eran numerosos, en un abrir y cerrar de ojos todos los jóvenes de las proximidades se habían militarizado y pronto irían a la batalla. Petró, sin embargo, se mantenía ajeno, igual que hizo en la guerra de los zares, impasible se limitaba a cuidar de su familia, su cosecha y su ganado. Debido a su insumisión, era objeto de burlas y difamaciones que cuestionaban su hombría.

Un día Pyotr y yo fuimos a la parte norte, nos gustaba aquella zona del río porque es fácil pescar, un meandro rebaja el caudal del río y el cebo se mantiene quieto y estable. Ya habíamos pescado un salmón y la tarde prometía, hasta que aparecieron los hermanos Berezutski con unos cuantos más, con aires, como una banda de locos filibusteros buscando camorra.

—Mirad, si está ahí Pyotr Filórov, el hijo de Petró el miserable, que se cobija en las faldas de su mujer. Este río no da peces a cobardes, y si los cogen, nuestra obligación es quitárselos.

El muchacho propinó una patada a nuestra única captura, Pyotr enfureció y le dio un empujón.

—Mi padre no es un cobarde, bien dice que cretinos sois los que necesitáis sentirnos mejores con una utopía, porque sois vagos y preferís la guerra que trabajar duro.

El mayor de los Berezutski intervino.

—¿Qué sabéis los Filórov del horror y el sufrimiento en la batalla? Nuestro padre honró su tierra como un héroe, pero tu padre se mantiene vivo siendo escoria.

Pyotr empezó a lagrimear, herido el orgullo pronunció hirientes palabras, insinuó que en realidad su padre había sido un desertor y lo ejecutaron por ello, y que además lo sabían todos. Entonces el mediano de los Berezutski sacó un revolver que escondía en la cintura y apuntó a Pyotr.

—¿Y si un Berezutski matara a un Filórov? —gritó amenazante.

—Mátalo, es un ignorante, un maldito proscrito, bazofia... —Todos le animaban a hacerlo, pudo haber elegido no hacerlo, pero así lo hizo. Le metió una única bala en el estómago, el ruido ensordecedor le sorprendió a él mismo, Pyotr cayó al suelo y murió desangrado. Reían, pero su risa quería disimular su preocupación, su tristeza, un vacío que iba creciendo en sus entrañas— Has hecho lo correcto Iván, se lo tenía merecido, ¿verdad, Dorofei? Intentaban justificarse, pero cada vez más serios iban alejándose, como quien ha cometido una travesura y se da cuenta de su sinsentido.

Dejé a Pyotr sobre un charco de sangre y fui corriendo a su casa para avisar a Petró. Gritaba sin parar, tenía el pecho oprimido, sentía un cuchillo afilado traspasándome el corazón. Languidecido y lloroso irrumpí en su cabaña, se lo expliqué todo como pude y él se quedó pálido, fúnebre. Sin decir ni una palabra más le acompañé hasta el meandro, cogió el cuerpo de su hijo entre sollozos y lágrimas, y en brazos cargó con él hasta el caserío. Yo fui a mi casa a pedir ayuda y volvimos en tropel mis padres, mis hermanas y mi tío. Cuando llegamos vimos el cuerpo

donde lo había dejado, pero Petró había desaparecido. Al rato llegó su mujer, que ajena a lo sucedido no pudo evitar caer desmayada al ver el fiambre. Mi padre me pidió que fuera a buscarlo rápidamente, y así lo hice. Recorrí el pueblo y no le vi, era muy extraño, entonces decidí subir a la montaña. Subí sin parar, con todas mis fuerzas, sin mirar atrás, le vi a lo lejos, al frente de un barranco. Andrey estaba delante suyo sentado y de espaldas, desconocía lo ocurrido, Petró sabía que ese era su lugar preferido, los parajes eran bellos y a Andrey le gustaba contemplarlos durante horas junto a una botella de vodka y cigarrillos sentado en el borde del precipicio.

—¿Qué hay Andrey?

Andrey no vuelve la mirada.

—Ah, hola Petró, ¿qué te trae por aquí?

—Lo he pensado mejor —contestó serio.

—Lo sabía, has comprendido que hay que luchar.

—Sí.

—Hay que acabar con quien nos oprime, los causantes de nuestras miserias.

—Así es, querido camarada.

—¿Pero acaso serás capaz de empuñar un arma y disparar a un hombre?

—Sí —El tono era serio y roncoso.

Andrey se levantó extrañado y miró a Petró, que mantenía distancia. Se sorprendió al ver su camisa manchada de sangre, y le infundió terror el arma que sujetaba con su mano.

¡Pang!

Al oír el tiro corrí hacia ellos confuso y aturdido, llegué, Petró pudo verme aunque ignoró mi presencia. Se persignó tres veces, una por su hijo, otra por Andrey, y después de la tercera se llevó el cañón en la sien y disparó. Poco más recuerdo de aquel día, excepto el incesante viento desde la mañana, que gemía al estamparse contra las rocas.

Tras aquellas muertes cesaron las rebeldías y belicidades, ya nadie habla de política, nadie habla de guerras. Como bien predijo Andrey los rojos vienen a por el grano una vez al año. “¡Los trabajadores están hambrientos, ayudadnos a levantar el socialismo!”, dicen creyéndose héroes. Les damos lo que podemos, el resto lo escondemos en lugar seguro y con ello apañamos el año, es el precio que hay que pagar para que nos dejen en paz. Ahora nadie muere de hambre, todos trabajamos duro y repartimos nuestras miserias. En el pueblo no se habla de utopías, ya no se habla de comunismo, pero somos solidarios, somos generosos. Somos camaradas.

Masha, la afligida madre, no tardó en marchitarse. Deslucida y famélica contó los días de su vida aferrada a la esperanza de encontrarse con ellos después.

Todavía hoy, en los días de ventisca, acostumbro a subir al monte, y al pasar por el barranco en el que Petró se quitó la vida, con el gemido del viento, me pregunto cómo sería todo si siguieran vivos. No obtengo respuesta, les doy un silencioso agradecimiento y olvido. Vacuo es el destino, vago se vuelve el recuerdo de los muertos.

2. Mi querido diario

Hoy el sol no se ve, es muy densa la niebla. El invierno está siendo especialmente duro, la nieve tapa las calles vacías y el viento corta los labios en llagas. Londres es grande, muy habitado, por ello la soledad se multiplica.

Mi madre murió al nacer yo, y no sé quién es mi padre, pero mi infancia no fue más dura que la de otros muchos. Fui a parar a un orfanato en el que aprendí a detectar el lado oscuro y perverso de la gente, lo puedo ver, lo puedo oler, huele como un apestado trozo de carne putrefacto. No es un gran poder, solo me sirve para huir, ponerme a salvo de las malas bestias y sobrevivir, pero si no fuera por ello, casi con toda probabilidad, ahora estaría muerta. No lo estoy, pero mi vida no es vida, no soy más que una sucia prostituta, una maldita puta. Por suerte no dependo de nadie, he sabido labrarme el camino y he montado mi propio negocio, el más famoso de los prostíbulos londinenses. Es grande, sublime, los más selectos empresarios, políticos y apoderados lo visitan con frecuencia, y en contra de mi voluntad prohíbo la entrada a harapientos desaliñados y sarnosos mendigos. Elijo bien a mis chicas, tienen que comprender, aguantar, responder con ternura y cariño cuando su estómago pide vomitar, sacar afuera el cochambre, ensañarse y desangrar a esos gordinflas de paraguas y bombín.

Mis muchachas hacen su labor, los ricachones se vuelven más generosos después de echar un polvo, beben sin control y dejan una buena suma. Incluso es habitual, aunque me parezca penoso, que al salir echen un par de monedas a algunos niños mendicantes en paupérrimo estado. Se enternece su corazón y por unas horas se vuelven sentimentales, parece importarles la miseria que les rodea, aunque no sea ese su ser. Ya sé qué chica le gusta a cada

uno, sé cuál va a elegir antes de subir las escaleras, lo sé por sus olores. Algunos huelen a cerdo, otros a asno, algunos otros ladran como perros rabiosos, y los más peligrosos, los lagartos de Komodo, esperan pacientes para propinar su infeccioso mordisco. Para cada uno hay un antídoto, a veces una risa complaciente para mostrar después el insinuante escote, mostrarse condescendiente con sus bromas carentes de significado, susurrarles al oído lo guapos y galanes que son. Lo más importante es hacerles creer que no es un negocio, fingir que caemos a sus encantos, que merecen una mujer en la alcoba.

Al entrar hoy en el burdel no he podido evitar llorar, así me ocurre cada día, necesito cinco minutos de soledad. Subo a mi habitación y cierro la puerta para no oír el constante murmullo, los jadeantes fornicadores y los falsos gemidos femeninos. Me tumbo en la cama y me acurruco en posición fetal junto a Momo, mi gran oso de peluche, lo abrazo fuerte, como si fuera el padre que nunca tuve, el marido que jamás esposé, el hijo que no ansío tener. Siento su frío aprecio, mis pensamientos dejan de zambullirse en el fango y durante un pequeño instante recobro la cordura. “Esto no puede ser, este antro debe ser clausurado, alguien debería poner orden”, pienso. Pero mis queridas compañeras se quedarían sin hogar, los adinerados señores se harían huraños y avaros, los pobres niños famélicos ya no recibirían limosnas. Yo misma me quedaría sin vida, aunque esto no sea vida. Así que me seco las lágrimas rápidamente, me pongo el maquillaje y tras aspirar un poco de gloria, vuelvo a enloquecer.

Nadie sabe cuánto estamos obligados a sacrificar para que la rueda pueda girar, no elegimos, simplemente existimos en un escenario y actuamos. Pero la obra de teatro no tiene guión, no hay histriones, nadie es el protagonista. Nos vamos encarcelando en nuestra propia prisión, echamos mil cerrojos y tiramos las llaves al mismísimo río

Erebo. Hay que viajar al infierno para recuperarlas, por eso había perdido la esperanza.

Sin embargo, al llegar la noche he abierto los ojos, ha entrado un hombre poco común, no es ni guapo ni feo, es educado pero grotesco, es generoso con los impíos y sabe amansar a las fieras. Bebe sin parar pero no parece emborracharse, y deja propina en cada trago, me han dicho que incluso ha dado unas monedas a unos mendigos al bajar de su elegante carruaje. Me acerqué a saludarle, para conocerlo, saber a qué huele, y no huele a nada. Será un pobre diablo, vendrá de otro país, no lo sé con certeza, pero no actúa como los demás. Me he quedado quieta, observando, las chicas se le han acercado con hipocresía y falsedad, pero él habla con ellas y hace que sus ojos brillen, todas se le han insinuado y no se ha ido con ninguna, no ha subido las escaleras. Estaba enloquecida, quería ver su verdadero ser, el animal que esconde su alma. Decidí acercarme y me ha tratado con mucho respeto, con delicadeza, buen ritmo y con humor ha sabido conquistarme. Mientras me susurraba al oído palabras propias de un poeta dantesco sentía un hormigueo en el estómago, yo, como una niña enamorada.

Me ofrecí a él con deseo, él pudo vérmelo en la cara, y me olió. Acercó su enorme nasa a mi pelo y olfateó, me quedé atónita, estupefacta. Sus ojos brillaron, no le habían brillado así hasta entonces. No quiso subir conmigo a la habitación. Sin embargo, querido diario, mañana tengo una cita con él.

Miro a Momo enloquecida, embriagada, enamorada. Seguramente no pasará nada entre nosotros, pero no me importa. Mi interior ha cambiado y he comprendido que son las pequeñas cosas las que nos hacen felices. Por un momento todos mis logros en la vida son minúsculos en comparación con esa cita, cambiaría todo mi dinero si hiciera falta. Yo, acostumbrada a que todos los millonarios

de esta ciudad se inclinen hacia mí y me ofrezcan sumas ingentes por una sola noche, nerviosa y deseosa de tomar un simple café con él. Tal vez no sea tan desgraciada, quizás mi sacrificio merezca la pena, tal vez haya quien me comprenda, quien traiga las llaves de mi prisión. Se abre el horizonte. Hay futuro para mí.

3. El ateo cobarde

En vuestro lecho dejasteis gloria, oh ateos convencidos, vuestra estela majestuosa pisa tierra firme, vuestras hazañas se recordarán allá por donde paséis. Nada más honroso hay que permanecer erguido ante la naturaleza, ella es nuestro futuro, y respeto merece.

Sois vosotros, oh ateos convencidos, ejemplos de virtud y moral. Dejaréis un valioso testigo que será fielmente detestado y por ello glorificado, marcando la senda que nunca se volverá a pisar.

Bienaventurados, oh ateos convencidos, pues no defendéis la verdad, vosotros hacéis la verdad. Y vuestra palabra se hace tótem, se loa como ejemplo de cordura, y quien roba vuestra palabra roba la razón.

Mas nosotros los ateos cobardes mendigamos fe, necesitamos hacer aflorar nuestras dudas, y en momentos de angustia echamos mano del agnosticismo. Cuando somos buenos y nadie nos ve él está para juzgarnos, para recompensarnos por nuestro buen hacer y castigar al malhechor. Como una píldora nos calma, hasta que cogemos fuerzas y podemos firmemente sujetar el miedo, que como un lastre nos impide obrar con honestidad. Y nuestras decisiones hacen que Dios esté vivo y muerto al mismo tiempo, igual que el gato de Shrödinger.

¡Acaso los locos científicos no dieron cuenta de que al gato todavía le sobran seis vidas!

No es nada fácil asesinar un gato, pero mucho más complicado es acabar con Dios, se cuela por cualquier sumidero por ínfimo que parezca, solo hay que despertarlo y él resucita, es tan fiel como un perro, siempre dispuesto a hacernos compañía se alegra de vernos y nos pega unos lengüetazos. Si temes a la muerte él te consolará, pero tendrás que obedecer sus mandamientos, habrás de ser

condescendiente. Sí, por eso soy ateo, no me gustan ni él y ni sus mandatos, sus imperativos todos categóricos me aburren, y cuando intenta embaucarme dejo de creer, así de fácil. No me gustan los perros, hay que sacarlos a pasear, darles de comer, ladran y se escapan con el celo. Pero temo a la muerte y agradezco su compañía, por eso mato y resucito a Dios, a veces queriendo, otras veces sin querer, pero todos los días.

Nunca se molesta, no se queja, siempre alegre y enérgico vuelve a recibirme.

4. El loco filósofo

(En honor a un ateo honesto, Jean-Paul Sartre, quien publicó su compleja obra *El ser y la nada* en una Europa desolada por la segunda guerra mundial, fundamentando una nueva moral, tan necesaria y vital en aquel nuevo amanecer de la civilización).

No es fácil vivir, ni es fácil soñar, más de lo que a primera vista pueda parecer. Esta realidad que yo percibo, siempre fuera de la totalidad, subjetiva, nunca cumple mis expectativas. No puedo aprehenderla, no puedo asegurar que esté afuera, pero creo que hay algo más allá de los objetos que me fuerza a obrar como si existiera, infinita sugiere una realidad más allá de mi pensar. De esa manera actúo en concordancia con esa realidad que mi mente me obliga a respetar, porque turba mis deseos, mis sueños y anhelos, y al respetarla, me respeto a mí mismo, por ello no puedo olvidarla, porque sería repudiar esa cosa que es parte de mí.

Y la nada me envuelve cada noche, pero a las mañanas, al salir el ser, me duele. Dolorosa se torna porque ella es destrucción, desolación, la nada es muerte. Y añoro lo que fue porque ha dejado de ser, y temo el futuro porque todavía es no ser, se vuelve tétrico y oscuro, y tiñe el presente de angustia y hastío. Y ahí el porqué de los sueños, no puedo ignorarlos, ellos también son parte del ser, que reaparece, todos los días mientras estoy despierto a mis ojos se muestra, y me recuerda mi pasado, todo mi trabajo, todos mis esfuerzos, mis logros y derrotas, las dolorosas pérdidas, mis deseos y anhelos. A veces no me deja dormir, otras veces me agota y con rapidez me trae a Morfeo, que me devuelve a la nada, donde vuelvo a ser feliz, tan feliz que deseo enjaularla.

Ninguneamos el ser para trascenderlo, para llegar a la nada, que es lo mismo que serlo todo. Y al ver al prójimo

también lo negamos, hacemos del prójimo una nada, absorbemos su esencia para llegar a aquello que es divino y majestuoso, lo que está encima de todos, el más allá que la línea del horizonte esconde. Y allí creemos ver el Demiurgo, a Dios, un universo que en el vacío se sostiene, el momento anterior al Big Bang o el infinito, lo que cada uno crea apropiado. Mas todo es irreal, es mentira, no hay nada tras las cosas que pueda explicarlas, es su aparecer su explicación, no hay nada más allá del develar de los objetos, es el objeto mismo su propio develar.

Buscando la esencia de la vida, anhelando libertad, superando la angustia en la ruleta de la ipseidad, encontramos un momento furtivo en que entramos en un absoluto nirvana, la ataraxia de los sentidos que por un instante nos destierra a lo transmundano, que no es más que una ilusión, el completo absurdo, el vacío deseo de olvidar. Y después de intentar en vano enjaular a la nada, volvemos al mundo enloquecidos, embriagados de elixir creemos haber traído un tesoro del más allá. Pero seguimos engañándonos, ya que olvidar nuestros miedos y bochornos es reafirmarlos, es comprender que están ahí antes de ningunearlos durante solo unos instantes, para que luego vuelvan a aparecer. Nadie podrá jamás olvidar sin antes asentir la existencia de lo que desea olvidar, y quiere olvidar porque siente el arrepentimiento, que es angustia. Pero en el arrepentimiento, al darse uno cuenta de que podría haber obrado de otro modo, descubre su libertad, y con angustia comprende que a ella estamos condenados, pero al superarlo ama su libertad y asume su condena. Estamos sumidos en una rueda que hace del ser la nada, para luego volver de la nada al ser, al aquí y ahora con dolor, con temeridad, como quien al despertar y poner los pies en el suelo da cuenta de que su senda está plagada de ascuas y quiere ascender al cielo otra vez, intentando en vano escapar de las brasas, a riesgo de quemarse por no haber

sabido elegir, por no haber obrado bien. Pero el ser sigue intacto y en él somos carne, por eso, para superar nuestro arrepentimiento, buscamos refugio en el otro.

Ilusorio es el “nosotros”, como Dios, no podemos abarcarlo, debemos conformarnos con ser un ser en el universo, nuestra existencia no va más lejos de este habitar en la tierra, somos ciudadanos en el mundo y nada más. Estamos como *abí echados*, da igual que pertenezcamos a tal o a cual nación, que militemos en un partido político o pertenezcamos a la clase oprimida u opresora, no existe una reflexión que separe la línea divisoria entre el yo y el nosotros, solo puedo conocer mi pensamiento, jamás el acto reflexivo de una multitud aunque a ella pertenezca. El grupo, incluso los grupos pequeños como las familias, nos trasciende irremediamente, y a ese respecto vivimos subordinados a sus contingencias, que nos afectan, y nos desvelan nuestra condición de obrero, burgués, capitalista o comunista. Por ello nos aliena, y aceptamos dicha alienación gustosos porque en soledad no diferenciaríamos el pasado del futuro, lo bueno de lo malo, lo saludable de lo insano. Y al pertenecer al grupo odiamos a unos y amamos a otros, pero no avanzamos porque nos unan esta y otra ley, tal o cual intención, objetivo o consigna, se avanza por el conflicto.

Nada curte más al ser humano que la destrucción que él mismo provoca, desolación de la que aprende con gran esfuerzo a superar sus demonios, a tranquilizarse si está nervioso y a espabilarse si está dormido. Y da cuenta del prójimo como ser pensante, como ser que está siendo a la vez. El prójimo es a veces amigo y otras veces enemigo, o ambas cosas a la vez, nos ayuda si nos ve afligidos o nos castiga si irrespetuosos nos encuentra. Sus ojos se clavan en nuestra carne para traspasarla, para llegar a nuestras entrañas y aprehenderlas, como si fueran suyas las escudriña y las empasta, se empatiza o simplemente nos

destripa. Con el prójimo hacemos equipo, el trabajo es vida, la vida es trabajo, y hay que repartirlo. Compañero de fatiga, compañero de batalla, incluso si es adversario es prójimo que nos devela al mundo y nos trasciende, nos hace objeto y nos teme, porque ejercemos cierto poder sobre él. Le podemos avergonzar, podemos hacerle entrar en cólera, suministrarle alegría o tristeza. Necesitamos del prójimo para que dé cuenta de nuestro cuerpo, para comprender que nuestras sensaciones son objetivas, es en la mirada del otro donde nos sentimos carne, y al mismo tiempo, carne que es mirada.

Del ser que es resurge el ser que no es lo que es y es lo que no es, pues imaginar es dejar de ser lo que se es para ser lo que no se es, como el niño que imagina dejar de ser niño para ser pájaro, para ver y sentir como un pájaro. Y por eso quiere cazar al pájaro, apropiarse de él como un objeto, quiere poseerlo, incluirlo en su ser, atrapar en una jaula lo que él no puede llegar a ser, retener lo que no puede tener para apropiarse del mundo a través de él. Y tras enjaularlo, al ver su mirada, sus dos ojos redondos como canicas, comprende que ni aun atrapando a todos los pájaros del mundo podrá volar, y entonces conoce el límite. En consecuencia, desea poner en libertad el ave que primeramente enjauló. Ya sea un ser vivo o un objeto, al apropiarnos de él pretendemos dejar de ser lo que somos para ser lo que envidiamos, en otras palabras, ser todopoderoso, o sea Dios. Lo cual es contradictorio en sí mismo, es una falacia que jamás puede ser de facto, y al hacernos carne en la mirada del otro, que también es carne, y a su vez, carne que es mirada, surge el límite. Y al saberlo, el sujeto que existe comprende que si él es Dios, también lo puede ser el prójimo, y después ama al prójimo, porque se ha hecho Dios y límite al mismo tiempo.

Así es la vida, una pelea contra el mundo que desconocemos y en él somos libres. No debemos sin embargo

confundir dicha libertad con los límites que encontramos en la vida, cada uno lucha en pro de su proyecto irreductible y aunque sean adversas sus condiciones siempre puede elegir. El soldado que eligió luchar en una guerra que él no declaró siempre pudo elegir no luchar, pese a las trágicas consecuencias que tal decisión pudieran acarrear. El hombre que se mantuvo inerte y quieto mientras todos se manifestaban en contra de alguna u otra injusticia, eligió su quietud. Se mantuvo bloqueado en una situación de peligro, se asustó, eligió el miedo y no la osadía, pero en otro momento osó rebelarse, romper su alienación en contra de sus represores de forma proteica, pese a poner en riesgo su existencia. Cada uno es libre de elegir sea cual sea el coeficiente de adversidad al que su situación le sumerge, en función de las circunstancias se le abrirá un espectro de posibilidades, y encontrar la muerte es siempre una de ellas.

Es sabido el terror que infunde la muerte, como un preso que espera su ejecución y ve cómo van ejecutando a sus compañeros de celda. A veces la espera es tan tortuosa, tan amarga la situación, que algunos quieren adelantarla. El final de nuestra vida se puede ver como el comienzo de otra nueva vida, y hay quien simplemente imagina cómo de su cuerpo emergen viscosos líquidos y cochambrosos gusanos. Tal vez tan solo sea el acorde final de la melodía que vamos entonando día a día, o nuestra vida un segmento limitado por dos puntos, principio y final de una trayectoria finita de la que únicamente sabemos el comienzo. Vamos interiorizándola, quiero morir anciano, prefiero ser un héroe de guerra, ¿me recordarán cuando ya no esté aquí? Nada hay que podamos hacer, me siento impotente ante ella, tanto que quiero vengarme, hago locuras, vivo mi vida como si no hubiera mañana, como si no viera el porvenir. Temo sufrir una muerte dolorosa y tortuosa, tal vez prefiera una muerte rápida y fulminante.

Preguntas frecuentes que se hacen los niños, al igual que los adultos, y que realmente no tienen más fundamento que pensar qué comeré el próximo año por estas fechas o a dónde iré de vacaciones cuando me jubile.

Solo podemos conocer la nada como ausencia de ser, de ahí surge la muerte como posibilidad, que ocurre al ningunear la vida, al renegar del ser. Por consiguiente, como seres echados en el mundo, superar la idea de la muerte es negar que se reniega del ser, para que de esta doble negación, que es una afirmación, surja de nuevo el amor a la vida.

5. De paseo

Universidad de Princeton, década de los cuarenta y principios de los cincuenta, Albert Einstein y Kurt Gödel, ambos pertenecientes al Instituto de Estudios Avanzados y alemanes de lengua materna, alimentaron una profunda amistad. Daban largos paseos por las instalaciones de la Universidad y sus conversaciones eran un misterio para sus colegas de trabajo. Aunque ya es imposible saber de qué hablaban, se puede fantasear sobre sus diálogos. Ambos eran religiosos y eruditos intelectuales, lo cual hace suponer que no trataban temas precisamente superficiales. Pese a mis limitaciones sobre la comprensión de la teoría de la relatividad y los trabajos de Gödel, voy a aventurarme a imaginar algunas de sus posibles disertaciones.

Einstein: Buenos días, Kurt. ¿Qué tal tienes hoy el corazón?

Gödel: Como siempre, Albert, débil y lastimoso, no sé cuánto más seguirá latiendo.

Einstein: ¿Sabes, Kurt?, a mí también me duele, tengo nostalgia de Alemania y Suiza, de aquella oficina de patentes en Berna, de mis amigos, de mi ex mujer... ¡ay!, y mi hijo Eduard.

Gödel: Lo sé, es normal, al fin de al cabo allí hemos crecido. Yo echo de menos mi barrio, y como no, a mi madre.

Einstein: Lo sé, nos separan muchos kilómetros, un océano inmenso. Cambiando de tema, ¿estarás contento con tu nacionalidad estadounidense, verdad? (Kurt le mira con indiferencia).

Gödel: Sí, pero soy alemán, me hubiera quedado en Alemania si no llega a ser por algunos judíos del círculo de Viena con los que me relacionaron. No creas que los políticos aquí son mejores que Hitler.

Einstein: No digas eso Kurt, ya sé que encontraste una inconsistencia lógica en la constitución americana por la cual se podría instaurar una dictadura de forma legal. Pero no es bueno que reniegues de quien de buen corazón te ha extendido la mano para ofrecerte asilo político. Además, te recuerdo que yo también soy judío.

Gödel: Sí, Albert, pero no son trigo limpio, aquí los políticos no son tontos y saben que existe. Saben cuál es y la utilizarán, pondría la mano en el fuego si es mentira.

Einstein: Puede que tengas razón, aun y todo es preferible que no le des demasiadas vueltas, para ello necesitan una persona sumamente inteligente como eres tú.

Gödel: Sabes, Albert, creo que nos siguen, tenemos espías que nos vigilan en todo momento, analizan lo que hacemos, lo que decimos y lo que comemos. Saben que mi secreto es cierto, no quieren que se lo diga a nadie, ni siquiera aquel juez que me dio la nacionalidad quería conocerlo. Sí, Albert, creo que me quieren muerto.

Einstein: No empieces otra vez, nadie quiere hacerte daño, olvídate de esas locas ideas de conspiraciones y sabotajes. Olvida esa contradicción en la constitución, seguro que nadie se dio cuenta de que existe, yo creo que ni siquiera se dieron cuenta los propios miembros de la Convención Constitucional de Filadelfia.

Gödel: Eres demasiado bueno, crees demasiado en la moralidad de los hombres. ¿No ves que la utilizarán para adueñarse del país, y luego lucharán porque los demás países incluyan esa contradicción para instaurar su tiranía en el mundo entero?

Einstein: Si consiguen instaurar una tiranía de dimensiones mundiales es que también se puede instaurar una Democracia o una República. No es que crea en la moralidad inocente del ser humano, lo que no creo es en la inmoralidad del individuo. La ética es una preocupación exclusivamente humana sobre la que no hay ninguna

autoridad sobrehumana ni divina, la moral la hacemos todos.

Gödel: ¿Cómo puede ser bueno alguien que no es capaz de creer en Dios?

Einstein: Lo siento, Kurt, pero he conocido ateos más buenos que muchos cristianos, aunque sospecho que los ateos buenos creyeron en él alguna vez, pero les defraudó tanto la vida, que agotaron su fe. Estoy de acuerdo contigo en un aspecto, el que no ha sido capaz nunca de apreciar la divinidad en la naturaleza no siente curiosidad ni admiración por el universo, no ama la vida, ni siquiera la suya propia.

Gödel: No sé cómo hay quien puede dudar. He hecho un trabajo basándome en la demostración ontológica de la existencia de Dios de Leibniz, lo he trasladado al lenguaje de la lógica formal, es un razonamiento consistente y formalmente válido.

Einstein: Hum, interesante, pero tienes que tener cuidado, se te echarán encima esos ateos convencidos que tenemos aquí en la universidad. Yo prefiero creer en el Dios panteísta de Spinoza, nadie puede contrariarlo, es la suma de todas las cosas, y también la suma de todos los atributos. Ya sabes, Dios, Naturaleza y Universo al mismo tiempo.

Gödel: No voy a publicarlo en la vida, aunque crea que es evidente. Por ahora tan solo tú lo conoces, y tardaré muchos años en enseñárselo a alguien más. Sí, son interesantes tus ideas panteístas, pero contéstame a una pregunta: ¿Podría Dios viajar más rápido que la luz?

Einstein (sonriendo): Muy buena pregunta, amigo. Evidentemente no, nada en el universo puede hacerlo, ni siquiera él. Recuerda que si hablamos de un Dios omnipotente, omnipresente y omnisciente entramos en graves contradicciones.

Gödel: Así es, si fuera omnipotente debería poder crear una piedra que ni siquiera él pudiera levantar, si no pudiera

crearla no sería omnipotente, y si pudiera crearla no podría levantarla, por lo que tampoco sería todopoderoso. Si fuera omnipotente y omnipresente a la vez, debería poder crear un universo en el que él no estuviera presente, por lo que o no sería omnipresente o no sería omnipotente. Y si fuera las tres cosas a la vez, debería poder crear un universo del que no tenga conciencia, que no pueda presenciar y lleno de piedras que no pueda levantar, lo cual es contradictorio. Por lo tanto, ni es omnipotente, ni omnipresente, ni omnisciente.

Einstein: Pero si lo analizas con atención, el único juicio que causa problemas es la omnipotencia. Supongamos que no puede hacer cualquier cosa, solo presenciar acontecimientos y ser consciente de que ocurren, nada más. Bajo este prisma no entraríamos en contradicción.

Gödel: ¿Me estás hablando de un Dios que está ahí pero que no ha podido crear el mundo ni castigar a los malvados?

Einstein: Sí, creo que sí.

Se quedaron en silencio el resto del paseo, pensativos, cuanto más querían justificar la existencia de Dios más lejos se encontraban de conseguirlo. Einstein entendía que decir de Dios que está ahí pero no actúa es como no decir nada, y Gödel, decepcionado con el Dios de Einstein, vio todavía más lejos y difícil la publicación de su demostración ontológica. Reflexionaron ambos en sus casas, en silencio, y a raíz de esa conversación estuvieron más de un mes sin pasear juntos, hasta que un día decidieron hacerlo de nuevo.

Einstein: Me alegro de charlar nuevamente contigo, Kurt. ¿Qué tal está tu corazón?

Gödel: Bien, Albert, todavía aguanta, pero tal vez mañana se pare. ¿Y tú, sigues teniendo nostalgia de Alemania?

Einstein: Estoy mejor, aunque algunas noches sueño con mis amigos de la infancia.

Gödel: ¿Sabes?, he encontrado ciertos cálculos matemáticos dentro de la teoría de la relatividad general según los cuales sería posible viajar en el tiempo. Todavía no son muy precisos, pero creo que son correctos, un día tendrías que echarles un vistazo.

Einstein: Me sorprende tu afirmación, es cierto que se pueden observar sucesos astronómicos que ocurrieron hace millones de años, pero se debe al largo trayecto que la luz necesita recorrer para llegar hasta nuestro planeta. No significa que se pueda viajar al pasado, y creo que con mucha menos probabilidad se pueda viajar al futuro.

Gödel: Suponiendo que fueran posibles universos rotatorios en las teorías de campo de la relatividad general ocurrirían estos resultados paradójicos. Tal vez Dios pudiera saber algo, pero al parecer, es imposible que nos lo pueda manifestar.

Einstein (Por el tono de Kurt notó que estaba algo descontento con la última conversación que mantuvieron): Sabes que Dios se manifiesta en cada uno de los sucesos que podamos observar, incluso en todos los pensamientos que podamos tener, inclusive aquellos que pertenecen a la imaginación. Pero hemos de tener cuidado con la fantasía, existen consecuencias de los teoremas de algunas construcciones lógico-matemáticas que chocan con la razón, y hay que saber discriminarlas.

Gödel: No, la lógica es perfecta, sabe decirnos incluso que hay algo que no se puede llegar a decir, ni siquiera pensar. Te repito, si existieran universos rotatorios sería posible viajar en el tiempo.

Einstein: Y si no existen.

Gödel: Pues pregúntale a Dios repito, ya que en él son posibles estos cálculos matemáticos. Perdón, mejor dicho, gracias a él se manifiestan en mis fantasías (dijo enfadado).

Einstein (Temía airar a Kurt todavía más, sabía de su inestabilidad emocional y quiso medir sus palabras, pero

aquello también a él le tocaba la fibra): Tampoco a mí me gusta la idea de un Dios que tenga que someterse a las leyes de la naturaleza y de la lógica, estoy tan decepcionado como tú, pero los razonamientos a ese respecto son aplastantes. No puede ser que Dios sea omnipotente.

Gödel: Pero si Naturaleza y Dios son lo mismo, entonces qué ocurre, ¿que Dios ha de someterse a sus propias normas? Espera, ¡Claro!, Dios impuso las leyes de la Naturaleza, y al ser él mismo Naturaleza no puede desobedecerlas. No solo es el creador, es además virtud y ejemplo dentro de su creación.

Einstein: ¡Entiéndolo!, de alguna manera, si no se sometiera a sus propias leyes se auto-destruiría, ya que es creador y destructor al mismo tiempo. En el hinduismo el dios creador, denominado Brahmá, y el dios destructor, que es Shiva, son distintos, y uno pelea contra el otro, es decir, uno limita al otro. Pero al unir las dos cualidades en un solo Dios, es ese mismo Dios el que debe auto-limitarse, le es necesario establecer sus propias leyes y obedecerlas.

Gödel (entusiasmado): Supongamos que existieran universos rotatorios, Albert, y supongamos también que Dios está contenido en todos ellos, es decir, que es omnipresente. Podría saber cuáles son los eventos pasados, los presentes y los futuros, en cuya consecuencia sería omnisciente. De igual modo, es consciente de todos los eventos pasados, presentes y futuros porque es omnipresente y creó universos rotatorios. De una cualidad se sigue la otra de forma necesaria.

Einstein: Entiendo, si hubiera creado universos lineales en vez de rotatorios no podría saber los hechos futuros, porque el porvenir sería impredecible incluso para él. Pero al retornar todo al primer momento de la creación, al producirse un eterno retorno, quedan intactas su omnipresencia y su omnisciencia.

Gödel: ¡Exacto, Albert!, creo que hoy hemos dado un gran paso.

Einstein: Sí, así es querido Kurt.

Una de cal y otra de arena, se alejaron de su propósito en un principio, pero de nuevo supieron llegar a un consenso. Einstein cada vez tenía más fe en su Dios panteísta, y Gödel creía estar más cerca de una prueba ontológica de su existencia. Aun así, todo aquello se les escapaba de las manos y rara vez hablaban con alguien sobre el tema. Hasta que Niels Bohr, que iba a dar una conferencia en favor del desarme nuclear, fue a visitar a su colega Albert Einstein y se unió al paseo. Los tres juntos caminaron por Princeton y mantuvieron una sosegada pero a la vez profunda disertación.

Einstein: Buenos días, Kurt. ¿Qué tal hoy tu corazón?

Gödel: No late muy fuerte, pero resistirá el envite, creo que sí. Veo que traes compañía.

Einstein: Sí, es Niels Bohr, ha venido a visitar a un viejo amigo, que soy yo. (Einstein rió, Kurt y Niels se dieron la mano).

Bohr: Sí, tú debes ser el famoso lógico-matemático conocido por los teoremas de la incompletitud. Sí, creo que hay algo en la lógica-matemática, Turing ya se encargó de demostrarlo, será una valiosa herramienta en un futuro.

Einstein: Gracias a ese lenguaje el mundo entero estará comunicado en un futuro, es un presentimiento que tengo.

Gödel: Tened cuidado, al estar conmigo corre peligro vuestra vida. ¿Sabéis?, posiblemente muera envenenado.

Einstein: Ya estamos otra vez con tus paranoias, nadie quiere envenenarte Kurt. (Niels se quedó asombrado ante los pensamientos de Kurt, no sabía qué decir).

Gödel: Lo verán tus ojos, Albert, y entonces... ¡Entonces!, me darás la razón. (Echaron a andar, hubo un pequeño lapso de silencio pero Bohr rompió el hielo).

Bohr: Mañana tengo una conferencia sobre la peligrosidad de las armas nucleares, esas malditas bombas lo asolarán todo algún día.

Einstein: Bueno, de momento mantienen el mundo en paz, es una paz basada en el miedo, no lo pongo en duda, pero paz al fin y al cabo.

Bohr: Sí, pero es una paz con mucho riesgo, el hombre juega a ser Dios. (Sin darse cuenta Bohr pronunció la palabra mágica, “Dios”).

Gödel: ¡Dios!, cuan cerca de nosotros está, y qué lejos al intelecto (Niels miró a Albert con curiosidad, como pidiendo una explicación).

Einstein: Kurt está intentando dar con una prueba ontológica irrefutable de la existencia de Dios, pero es escuadrizado, por ahora solo se le puede aprehender con la fe. Ya tuvimos tú y yo buenas discusiones al respecto.

Bohr: Entiendo. Sí, Albert, y siempre te diré lo mismo, Dios tiene un cubilete mágico y se entretiene con él, y cada dado que echa decide nuestro destino. Recuerda además tus discusiones con Shrödinger, mientras el cubilete no deje ver el dado los seis números están mirando hacia arriba.

Einstein: No, señor Bohr, Dios no juega a los dados. Lo que pasa es que existen causas que se mantienen ocultas a nuestros sentidos. Pero Dios, que es omnisciente y omnipresente sabe de sobra qué pasará.

Gödel: Sí, y además puede viajar en el tiempo (Albert asintió con la cabeza).

Bohr (se quedó perplejo, Einstein y Gödel, de repente, parecían dos chiquillos): No sé qué tipo de pensamientos os han llevado a tales conclusiones.

Einstein: Es una larga historia, te diré que Kurt ha encontrado unas paradójicas soluciones a las ecuaciones de campo de la relatividad general según las cuales sería posible viajar en el tiempo suponiendo que existieran univer-

sos rotatorios. Yo también me asombré en un principio, pero he visto la matemática y es correcta.

Bohr: Interesante. Pero no me he enterado muy bien.

Gödel: Sabemos que Dios no es omnipotente porque si lo fuera debería ser capaz de crear una piedra que ni él mismo pudiera levantar, en cuyo caso no sería omnipotente.

Bohr: Sí, ya lo dijo Russel.

Einstein: Pero pensamos que es posible en él las virtudes de la omnipresencia y la omnisciencia. Es más, los universos rotatorios permiten que una lleve a la otra.

Bohr: Más o menos lo puedo entender.

Gödel: Así mismo, Dios puede viajar en el tiempo y sabe lo que fue y lo que será. Para él todo está predeterminado.

Bohr: ¡No!, haced el favor de no decirle a Dios cómo ha de echar sus dados.

Einstein: Me niego a pensar que el universo sea tan azaroso como dices.

Gödel: ¡Un momento! Un dado, al fin y al cabo, solo tiene seis caras. Aunque lo eche una y otra vez para determinar tal o cual acontecimiento, el número de posibilidades siempre es finito. Aunque deje un hueco al azar, todos y cada uno de los mundos posibles se repetirán una y otra vez, ya que la secuencia del universo es infinita.

Bohr: ¿Quieres decir que el universo está regido por un azar determinista?

Gödel: Solo digo que acaecerán todas las posibilidades, y que tal vez Dios se divierte eligiendo una u otra en función de la suerte, ¿por qué no? Estará aburrido de ver todas las posibles secuencias del universo una y otra vez. Es más, me da la sensación de que ha cerrado los ojos y se ha echado a dormir.

Einstein: No, está ahí, en cada observación que hacemos, en cada flor que crece, en cada animal que nace, en nuestros pensamientos.

Bohr: O tal vez hizo un universo que funciona solo y así no necesita estar ahí eternamente, alimentándolo, decidiendo cada movimiento de las partículas. Tal vez, simplemente, creó el mundo y murió, desapareció, lo dejó en eterno movimiento porque creó una máquina que echa los dados por él.

Gödel y Einstein callaron, también era posible, ¿por qué no?, tal vez Dios ni es omnipotente, ni omnipresente, ni omnisciente. Tal vez creó el mundo y desapareció, y lo único que hay más allá es una máquina que echa los dados una y otra vez. Es más, quizás no haga falta un Dios creador para el universo y la Naturaleza, tal vez Dios es una ilusión y el hombre piensa en él más de la cuenta a la vez que repite demasiadas veces “tal vez”. Comprendieron que todos sus esfuerzos eran vanos, cuantas más vueltas le daban al asunto más lejos estaban de sacar nada en claro, su fe quebró por un momento y por ello se quedaron callados. Bohr cambió de tema, aquel silencio le incomodaba, le daba la sensación de que había roto en mil pedazos las creencias de sus colegas como si fueran tan frágiles como el cristal.

Por fin Bohr regresó a su país, y Einstein y Gödel apartaron el tema de Dios por un tiempo. Se dedicaron a sus estudios avanzados, más concretos y menos liosos para sus mentes preclaras. El tiempo pasó, seguían dándose largos paseos en los que hablaban de cosas menos abstractas, igualmente dificultosas para el hombre de a pie pero no de carácter divino. Todo iba bien, más o menos, Einstein era ya bastante anciano y su cuerpo no le respondía como al principio, y su amigo Gödel, que le tenía en gran estima, notaba cómo la muerte se le iba acercando poco a poco, lo cual minaba su ánimo.

Un verano en el que el calor era insoportable y Einstein se sentía cansado para pasear decidieron comer en la cafetería de la Universidad, Einstein estaba hambriento

y pidió ensalada, pero Gödel, como era costumbre, no quería comer.

Einstein: Haz el favor de comer algo, Kurt. ¿Has desayunado?

Gödel: Sí, Adele me preparó algo, café, leche con galletas y una pieza de fruta.

Einstein: Son ya más de la una, tendrás hambre.

Gödel: No, gracias Albert, aguantaré hasta la cena.

Einstein: No será esa manía tuya, no creerás que te van a envenenar.

Gödel: No, no es eso, pero si yo fuera tú, no me comería esa ensalada.

Einstein: Solo te fías de lo que te prepara tu mujer, ¿verdad, Kurt?

Gödel: No te preocupes por mí, Albert. Si alguien está débil últimamente, ese eres tú.

Einstein: Soy ya un anciano, joven amigo. El tiempo no pasa en balde.

Gödel: Me da mucha pena que sea así, me gustaría que estuvieras aquí siempre.

Einstein (se conmovió): Gracias Kurt, es gratificante para uno ver que sus amigos le estiman, de verdad, es un honor ese sentimiento que me procesas.

Gödel: Sabes, Albert, últimamente me hago muchas preguntas sobre la muerte, sobre qué habrá después, sobre el más allá. Contéstame a una pregunta, ¿sigues creyendo en ese Dios de Spinoza?

Einstein: Por supuesto que sí, siempre lo he dicho, todo lo que veo me lleva hasta él.

Gödel: Es maravilloso, la fe de los hombres fuertes es irreductible, sin embargo yo tengo tantas dudas... ¿Y si el universo fuera una fría máquina como decía Bohr?

Einstein: Entonces todo se repetirá, volveremos a estar aquí y seremos dos buenos amigos desde el principio otra vez.

Gödel (con los ojos lagrimosos): Sí, Albert, me gustaría que todo volviera a empezar, verte rejuvenecido y poder pasar la eternidad discutiendo interesantes asuntos de lógica-matemática, física y sobre la existencia de ese Dios de Spinoza.

Einstein: No le des vueltas, Kurt, puede que existan universos rotatorios, pero la vida de un hombre está descrita por una línea delimitada por su nacimiento y su muerte, por su historia del universo. Además, la materia y la energía ni se crea ni se destruye, solamente se transforma, así que, al morir, simplemente cambiará nuestra forma humana a otra que no lo es.

Gödel: La muerte es inhumana.

Einstein: Sí, creo que ser inhumana es la propia esencia de la muerte, y poder morir es una propiedad inherente a lo vivo.

Gödel (secándose el lagrimal con el dedo índice): Nacer y morir, todo lo que la vida nos da, la vida nos lo quita. (Gödel se repuso, posó las manos sobre la mesa y miró a los ojos de su gran amigo). ¿Sabes, Albert?, me ha entrado hambre, voy a pedir yo también una de esas apetitosas ensaladas.

Kurt Gödel nació el 28 de abril de 1906 en Brünn, la capital de la Moravia Austrohúngara (la actual República Checa). Su padre, Rudolf August Gödel era un exitoso negociante y administrador de una fábrica de textiles, y su madre, Marianne Gödel, era una mujer culta y educada muy ligada sentimentalmente a su hijo. A partir de los cuatro años Kurt sufrió graves fiebres reumáticas, y aunque se recuperó con normalidad, quedó convencido de que su corazón había sufrido daños irreparables. Era un alumno sobresaliente que destacó en matemáticas, idiomas y religión, y posteriormente ingresaría en la Universidad de Viena donde, entre otras cosas, estudió filosofía con Heinrich Gomperz y matemáticas bajo las ideas del

empirismo matemático. Aunque no era positivista lógico participó en reuniones con Moritz Schlick, Hans Hahn y Rudolf Carnap; con estos dos últimos aprendió lógica. Tras un seminario dirigido por Moritz Schlick estudió el libro *Introducción a la lógica matemática* después del cual se interesó por la lógica matemática.

En Viena (1931) publicó sus célebres teoremas de la incompletitud, su carrera iba viento en popa y pronto fue docente independiente en la propia Universidad de Viena. Al llegar Hitler al poder Moritz Schlick fue asesinado por Hans Nelböck, por “difundir ideas antimetafísicas que minan la moral de la vida”, tras lo cual Gödel sufrió su primer colapso nervioso y una fuerte crisis paranoica. Tras ello, Gödel viajó a Estados Unidos donde presentó una conferencia en la reunión anual de la Sociedad Norteamericana de Matemáticas, allí conoció a Albert Einstein, de quien se hizo gran amigo. En 1938 se casó con Adele Nimbursky, una divorciada bailarina seis años mayor que él y que ya tenía dos hijos, matrimonio al que sus padres se oponían.

En 1938 Hitler ganó las elecciones en Austria y Gödel se quedó sin el título de *Privatdozent*, perdiendo su privilegiado estatus dentro de la universidad. Necesitaba optar a una plaza diferente bajo el nuevo orden, sin embargo, sus vínculos con Hans Hahn, judío perteneciente al círculo de Viena, eran un claro impedimento para conseguir una buena plaza. Lo peor llegó cuando a finales de 1939 la nación decidió que hiciera el servicio militar, con lo que posteriormente sería llamado a filas, es entonces cuando decidió emigrar a los Estados Unidos de Norteamérica. Albert Einstein junto a Morgenstern asesoraron a Gödel en su examen para la ciudadanía preocupados porque su inestabilidad emocional diera al traste con ella. Cuando en el examen se mencionó el régimen nazi Gödel informó al juez de que había encontrado en la constitución una

contradicción lógica mediante la cual sería posible instaurar en los Estados Unidos de América una dictadura de forma totalmente legal. Ni sus amigos Einstein y Morgenstern, ni el juez, le dejaron proseguir con sus razonamientos y la ciudadanía le fue concedida.

A finales de los 40 Gödel demostró la existencia de soluciones paradójicas a las ecuaciones de campo de la relatividad general, estos “universos rotatorios” permitirían viajar en el tiempo, haciendo dudar a Einstein de sus propias teorías. Sus soluciones se conocen por la métrica de Gödel. A principios de los años 70 Gödel mostró a sus amigos la elaboración lógica de la demostración ontológica de Leibniz sobre la existencia de Dios, lo que se conoce por la *Demostración ontológica de Gödel*, muy parecida también a la de San Anselmo. Al parecer ya la tenía constituida desde 1941, era creyente pero no practicante, pero al acercarse el día de su muerte empezó a mostrarlo a algunos amigos y allegados. Pese a la petición de algunos colegas suyos por publicarla, su demostración ontológica no vería la luz hasta después de su fallecimiento. Debido a la complejidad de su formalismo lógico no la mostraré aquí, pero sí mostraré la prueba ontológica de San Anselmo: 1. Dios es aquello tal que nada más grandioso puede existir. 2. Si Dios existiera en la realidad sería más grandioso que si existiera solo en la imaginación. 3. Dios es ya grandioso en la imaginación, por lo tanto, Dios debe existir en la realidad. O dicho de otro modo, si la idea de Dios es más grandiosa en la realidad que en la imaginación y Dios existe en la imaginación, entonces, Dios ha de existir en la realidad. Aunque la lógica de Gödel (más compleja que la de San Anselmo al mostrarse en lógica modal) es correcta, se dio cuenta de que el problema está en la semántica, ya que la palabra “Dios” no refiere lo mismo para todos, o dicho de otro modo, no es lo más grandioso para todos. Tal vez si sustituyéramos la palabra

“Dios” por la palabra “universo” (y tal vez también la palabra “naturaleza”), que tiene una referencia unívoca, sería una buena prueba de que el universo existe y que somos un punto ínfimo dentro de él. ¿Qué cree usted?

En los últimos años de su vida Gödel sufrió una enfermedad mental obsesiva y paranoide por la cual estaba convencido de que querían envenenarle. Solo se atrevía a comer lo que preparaba su mujer, y al ser esta hospitalizada y no poder prepararle la comida terminó muriendo de desnutrición. En el momento de su muerte, en enero de 1978, Gödel pesaba algo menos de 33 kilos.

Albert Einstein nació en Ulm, Imperio alemán, el 14 de marzo de 1879. Fue un físico alemán de origen judío, suizo y después estadounidense, y es considerado el científico más popular del siglo XX. Es conocido sobre todo por sus teorías de la relatividad especial y general, las más importantes de su carrera, aunque recibiera el premio nobel por sus trabajos sobre el efecto fotoeléctrico. Se casó con Mileva Maric con quien tuvo una hija siendo jóvenes y que posiblemente dieron en adopción. Más tarde nacerían Hans y Eduard, sus dos hijos. Hans llegó a ser profesor de universidad en los Estados Unidos, pero Eduard, pese a los esfuerzos de Albert Einstein por llevarlo a los Estados Unidos, no logró dicho objetivo debido a una grave esquizofrenia que le mantuvo internado en un psiquiátrico de Zúrich. Posteriormente se casaría con su prima Elsa, quien le cuidó mientras sufría un pasaje de agotamiento extremo y con quien no tuvo hijos.

Después de haber escrito sus más prestigiosas obras y tras el auge del régimen alemán, Albert Einstein emigró a los Estados Unidos de Norteamérica, donde gracias a la carta que escribió a Roosevelt, en la que detallaba la importancia de las investigaciones científicas en torno a la física nuclear, se inició el proyecto Manhattan, y por ello es considerado junto a Oppenheimer el padre de la

bomba atómica. Socialista declarado, intervino en numerosas actividades políticas, defendió el sionismo aunque estaba en contra de un estado judío por verlo innecesario y apostaba por un estado binacional entre palestinos y judíos. Era pacifista, defendía la libertad de expresión, la libertad individual, y abogaba por el federalismo mundial y el internacionalismo.

Einstein se declaró agnóstico, pero no ateo, y dijo que creía en el Dios panteísta de Baruch Spinoza, en el que Dios, Naturaleza y Universo son la misma entidad, o dicho de otro modo, un Dios idéntico al orden matemático del universo. Rechazaba un Dios personal, y consideraba la creencia en un ser superior una cuestión antropomórfica que debía madurar, para dar paso a un Dios que fuera compatible con la ciencia. A su vez estaba orgulloso de ser judío pero pensaba que su pueblo no era el elegido. Creía en un “Dios que se revela en la armonía de todo lo que existe”, y deseaba conocer cómo Dios había creado el mundo. Decía que la moralidad no estaba dictada por Dios sino por los humanos, y por ello no creía en la inmoralidad del individuo.

Son muy conocidas sus disertaciones con Bohr y Shrödinger sobre la naturaleza probabilista de la mecánica cuántica, es muy famosa su frase “Dios no juega a los dados” frente a la réplica de Bohr “no le digas a Dios cómo echar sus dados” (Hawkins dirá que Dios no solo juega a los dados, además los echa donde no podemos verlos, en los agujeros negros), así como su discusión sobre el par de guantes. También es muy conocido su experimento mental sobre el gato de Shrödinger, en el que Einstein no concebía cómo podía el gato estar vivo y muerto al mismo tiempo. Einstein y Gödel fueron grandes amigos y daban largas caminatas juntos. El economista Oskar Morgenstern recuerda que Einstein le dijo una vez que su trabajo en el Instituto de Estudios Avanzados ya no era

muy importante, y que iba únicamente a tener el privilegio de caminar a casa junto a Gödel. Finalmente murió en 1955 debido a una hemorragia interna que decidió no operar, él eligió el momento de irse.

*El orden cronológico de los trabajos y enfermedades de Gödel no ha sido tenido en cuenta en los diálogos, ha sido sacrificado en beneficio de la linealidad de los mismos.